

Teodoro Portocarrero Clark

El Milagro del Árbol



Palabras
de Cristal



EL MILAGRO DEL ÁRBOL © 2012

Eleodoro Portocarrero Clark ©

Cuento Ganador del Primer Lugar, Categoría 3.

Concurso de Cuentos Infantiles “Palabras de Cristal”, edición 2012

Primera Edición: Noviembre de 2012

Palabras de Cristal No. 3

Derechos de Autor: 039802

Depósito Legal: 004849

ISBN: 978-9942-920-05-8

Revisado y corregido por la Editorial de la Universidad Laica VICENTE ROCAFUERTE de Guayaquil.

Queda rigurosamente prohibido, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico, fotocopiado u otro, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del COPYRIGHT.

Esta edición de **EL MILAGRO DEL ÁRBOL**, se publicó en la imprenta de la Universidad Laica VICENTE ROCAFUERTE de Guayaquil, siendo Rector el Dr. Jorge Torres Prieto, MSc.; y, Directora de la Editorial la Econ. Patricia Navarrete Zavala.

Ilustradores: Raúl Córdova Layana
Eleodoro Portocarrero Clark
Raúl Palacios Montero



Dirección: Avenida de las Américas 70 frente al Cuartel Modelo

Teléfono: (593-4) 229 5007

Conmutador: (593-4) 228 7200 Ext. 231

edilaica@ulvr.edu.ec

Guayaquil - Ecuador

Impreso en Ecuador / Printed in Ecuador



**Palabras
de Cristal**



Eleodoro Esteban Portocarrero Clark. Nació en Guayaquil el 29 de octubre de 1969. Desde su época de estudiante considera un hobby escribir cuentos y poemas. Cultiva la caricatura y el dibujo en general, que fue su primera pasión. Es abogado de los Juzgados y Tribunales de la República y actualmente labora en la secretaría de la Escuela de Diseño de la ULVR. Eleodoro participó en el primer concurso de cuentos infantiles “Palabras de Cristal” edición 2012 donde obtuvo el primer lugar en la categoría 3.

Teodoro Portocarrero Clark

El Milagro del Árbol



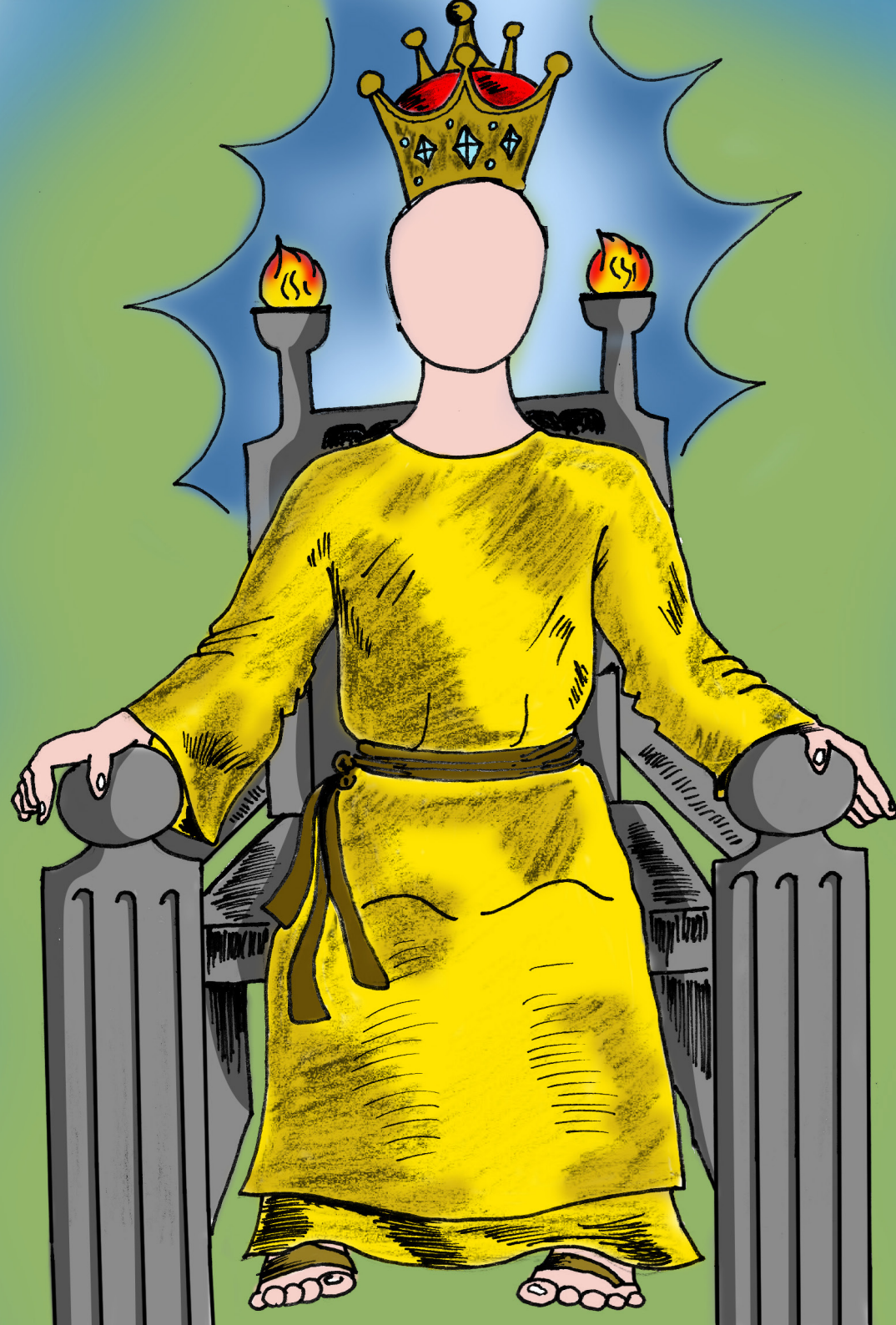
Cuento Ganador del Primer Lugar, Categoría 3.
1er. Concurso de Cuentos Infantiles "Palabras de Cristal"
Edición 2012

Cierto día se presentaron delante de Dios las semillitas que estaban por nacer. Todas ellas le expusieron sus sueños: –Yo quiero ser un árbol frondoso, donde se puedan cobijar todos los pájaros—. –Quisiera ser parte de una hermosa casa que pueda estar junto a un lago—. –Daré los mejores frutos para los hombres—. –Estaré en las grandes avenidas y parterres—. –Mi madera será utilizada para llevar los restos de los mortales—.

Después de escucharlas, Dios se acercó a una semillita llamada Carlos y le dijo: –Y tú ¿qué quieres ser?”–

–Yo quiero compartir un tiempo con los humanos y experimentar qué se siente ser parte de ellos, si es esa Tu voluntad, así será—.





Amatista era una ciudad ribereña del Pacífico Sur, rodeada de grandes cerros, abundante vegetación, arena, mar, sol y playas extensas, eran las cualidades que hacían de este lugar un sitio idílico, paradisíaco. Era de noche. De pronto apareció por allí una figura que se adivinaba, por la forma en que los rayos de la luna dibujaba su contorno en la arena de la playa, que era un niño que caminaba. Era Carlos. Miró sus manos, tocó su cabeza y se reconoció como un niño de verdad, saltaba de alegría gritando, con su eco retumbando en las olas —No puede ser—, —¡Sí!..., ¡Sí!...—

Cerca de ese lugar se encontraba un grupo de pescadores ocupados con la faena de la pesca, al ver al niño le dijeron: —“¡Hey! muchacho, ¿no tienes qué hacer?, gánate un plato de comida y tal vez más—.

Carlos se apresuró a ayudarlos a descargar la embarcación pesquera. Los marineros cumplieron su promesa, le dieron de comer y al ver el empeño que le había puesto al trabajo, lo invitaron a unirse a ellos, desconociendo hasta ese momento su origen.

Los días transcurrían y Carlos hacía la misma rutina, se levantaba en la madrugada a ayudar a los pescadores, durante el día se refugiaba en una enramada que él mismo había construido con hojas de palmera y restos de balsas y por las noches dormía bajo el cobijo de su amiga la luna.







Una mañana escuchó una voz a sus espaldas que le dijo: —¿Qué haces aquí?—. Era el pastor Reyes, director del orfanato del pueblo. —Pues aquí vivo—, respondió Carlos, —¿Por qué me visita?— interrogó el niño. —Mi trabajo es velar por las almas de los menores, no puedes pasar aquí toda la vida, tenemos un buen lugar en esta ciudad para ti y el orfanato tendrá el mismo calor que esta enramada, así que ven conmigo y no te preocupes por tu futuro—, respondió el pastor.

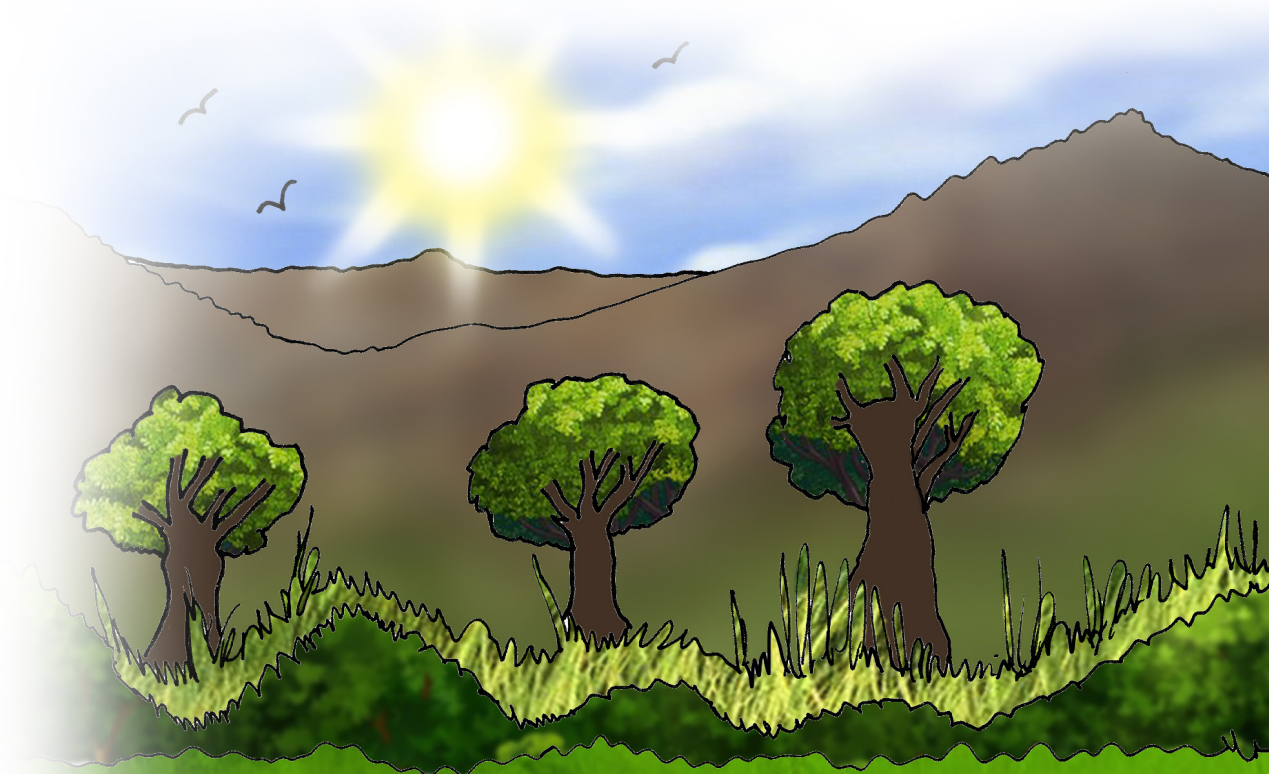
En el orfanato conoció a cinco niños: Raúl, José, Antonio, Víctor y Luis, juntos aprenderían a descubrir el mundo y sus maravillas, a contar sus penas y sus historias.

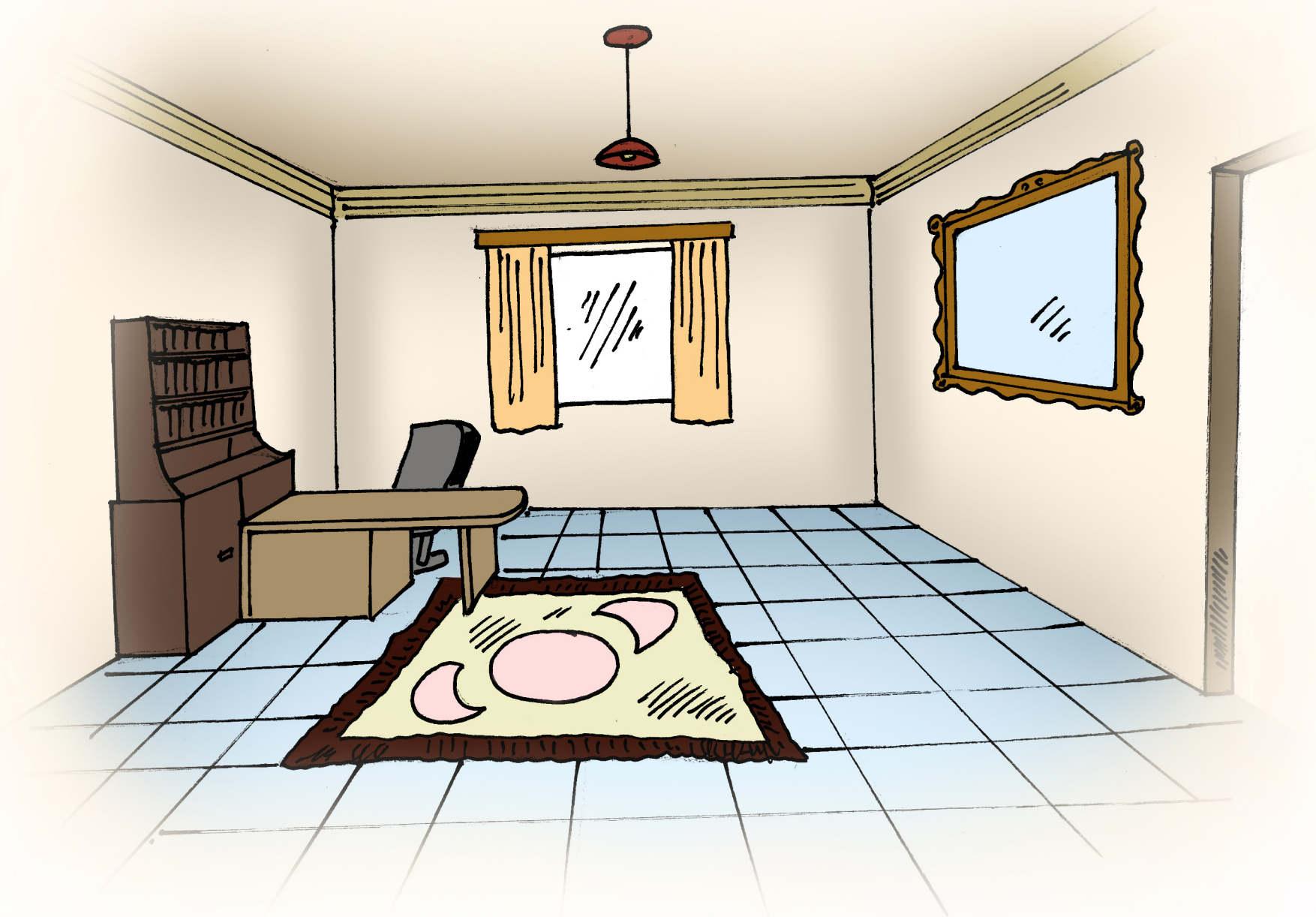
Carlos hablaba frecuentemente con sus compañeros a quienes les decía: —Amigos no es correcto maltratar los árboles, cuando arrojamus basura, cuando atentamos contra ellos dañándolos, provocando incendios, talándolos, nos estamos destruyendo nosotros mismos, no hagamos nada que perjudique el medio ambiente, no pongamos en peligro nuestro presente y no comprometamos nuestro futuro—.

Raúl, apoyó lo que Carlos dijo: —Es verdad amigos, tenemos que actuar con mucho respeto y amar más a la naturaleza—.

La camaradería y el compañerismo iban creciendo entre los amigos. Sin embargo, con el pasar del tiempo, hubo gente que los adoptó y casi todos abandonaron el orfanato. Casi todos, menos Carlos.

El pastor Reyes lo miraba triste y le confortaba diciéndole: —Mira hijo, Dios tiene sus planes y Él sabe el tiempo de todas las cosas, no te desesperes la familia que está destinada a ti vendrá porque vendrá—.





Una de las actividades favoritas de Carlos era explorar. Y el orfanato era un lugar bastante grande como para hacerlo. En una de esas exploraciones el niño descubrió un cuarto en la parte alta de la casa, era un altillo donde casi nadie iba, en la puerta de entrada había un letrero que decía, *Cuarto de Reflexión*. Movido por la curiosidad Carlos abrió la puerta y entró. La habitación era amplia, a un costado estaba una biblioteca con muchos libros que se notaban antiguos, junto a ella un escritorio viejo de madera, una alfombra adornaba el piso y hacía juego con las cortinas de la pequeña ventana que daba al jardín trasero de la casa orfanato.

Mientras recorría con su mirada la habitación, descubrió en la pared un hermoso espejo donde se reflejaba su figura. Era la primera vez que él se veía a sí mismo. Era un niño con un brillante color negro en su piel, cabello crespo y ojos del mismo color. Delgado y un poco bajo para la edad que tenía. Durante esos instantes de contemplación Carlos pensaba que tal vez sería el color de su piel la razón por la cual no había sido adoptado. Y con ese pensamiento en su cabeza salió de la habitación.

Julián Ruíz, comerciante del pueblo, estaba una tarde de fin de semana navegando por internet en su computadora cuando encontró la página web de la casa orfanato, donde se podían observar fotos del lugar así como de los niños que allí vivían y que esperaban ser adoptados.

El día lunes, muy temprano, el señor Ruíz, se encaminó al orfanato decidido a conversar con el director. Cuando llegó a su oficina le dijo: —He visto por internet la foto de esta criatura y entiendo que él no ha sido adoptado, quiero que forme parte de mi familia—.

El director buscó en los archivos y revisó algunos papeles, entonces le contestó: —La documentación que usted nos envió el año pasado tiene informe favorable, pero su petición tardará dos meses más en ser aprobada—. El señor Ruíz volvió a su casa y compartió con su familia esta feliz noticia.

Carlos fue adoptado y se mudó con su nueva familia, allí vivió muchos años rodeado del amor y el cuidado de sus padres, vecinos y amigos. Sin embargo una noche...

“Señoras y señores, atentos a este flash informativo. Las fuertes lluvias, que no han cesado en este invierno, ocasionarán que ciertos sectores de la provincia se inunden. Se teme que varios puentes colapsen y que las casas, que se encuentran en las riberas de los ríos, sean arrastradas por el agua de la creciente. Se solicita, a los habitantes de Amatista, especialmente a los de la zona del Tigre, tomar extremas precauciones. A la ciudadanía se pide oír las recomendaciones de la Defensa Civil y Cruz Roja. Si usted decide evacuar su casa, hágalo de forma ordenada...”

Esto se escuchaba por la radio de la casa. Realmente la situación era preocupante, ya que desde hacía mucho tiempo que el invierno no había arreciado con tanta crudeza como ese año.

Una noche en particular, se desató una tormenta. El agua penetraba en las casas sin contemplación alguna. Las calles estaban llenas de fango, las personas corrían buscando un lugar donde refugiarse, llevando en sus manos lo que más podían de sus pertenencias. Los puentes que rodeaban a la ciudad se habían caído y varias vías de comunicación estaban cerradas a causa del agua que se desbordaba de los ríos. Los que pudieron, llegaron a un refugio temporal dispuesto por las autoridades locales. Amatista estaba a punto de sufrir una tragedia sin precedentes.

De una central de radio se escuchaba a lo lejos: —Mi Coronel, todas las zonas han sido evacuadas excepto la zona del Tigre, donde cuatro familias no han podido salir, la creciente de los ríos Bate y Jilguero, que desembocan en nuestras costas, se ha desbordado. Dios quiera que no se junten—.





Carlos, había cumplido los 14 años. Estaba con su familia en el refugio. Él siente que ha llegado el momento de actuar. Con gran determinación se dirige a su padre, diciéndole: —Papá, puedo ser de gran ayuda a los rescatistas, yo conozco esta zona y mis amigos son vecinos cercanos a ese sector, voy a ayudarles—. Su padre siente mucha tristeza y temor por su hijo y al principio se niega a lo que Carlos le solicita, pero al final cede a la voluntad del joven y al despedirse le pide que tenga cuidado.

Al llegar a la zona afectada Carlos se percató de lo grave de la situación. Los rescatistas no pueden avanzar, era tal la cantidad de agua y la corriente tan fuerte que apenas podían sostenerse, no les servían ni las gruesas cuerdas que habían llevado para ayudarse en su labor de rescate.

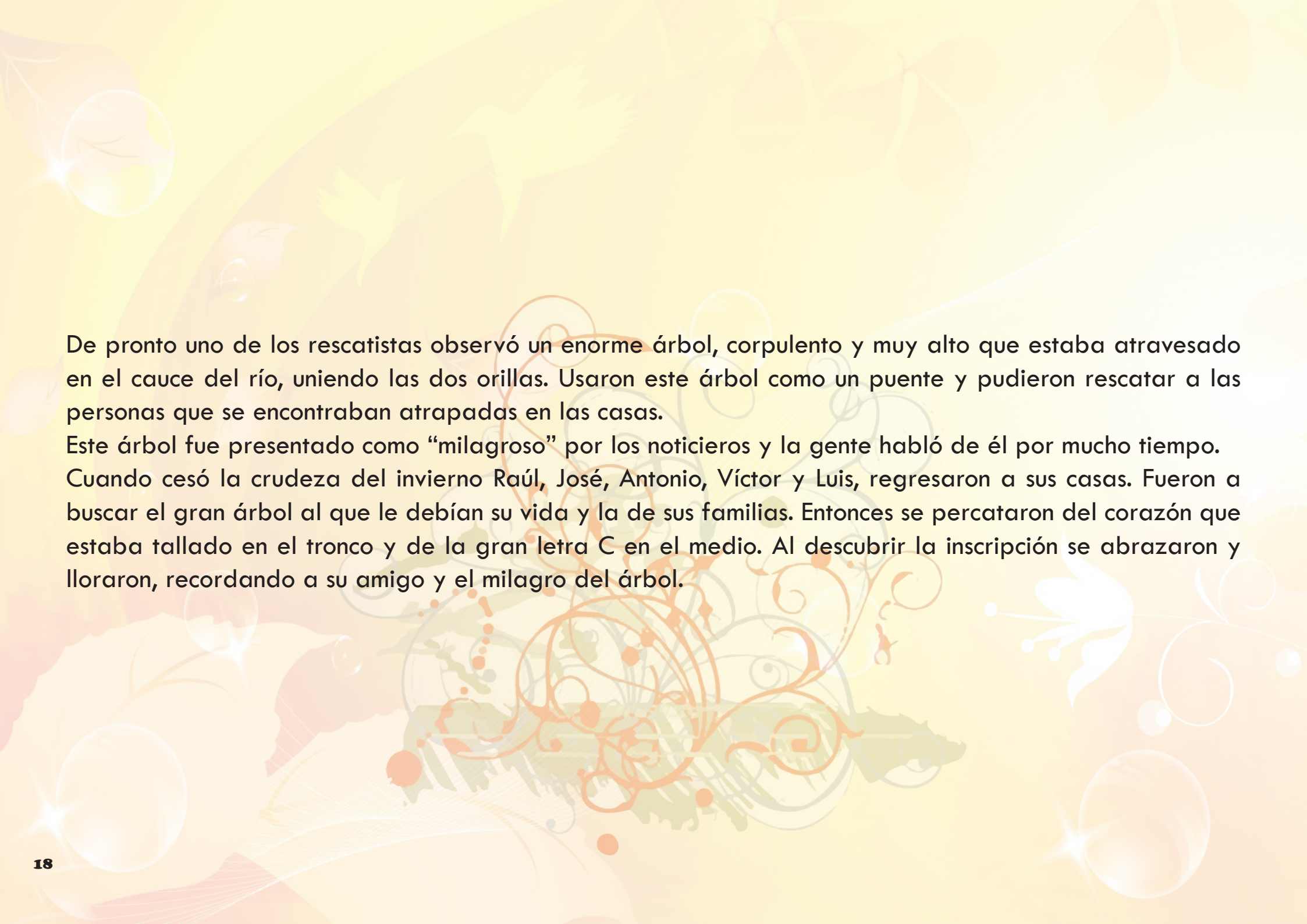
Se escuchaba a alguien decir: —Es muy complicado, hemos pedido refuerzos, pero no contamos con un helicóptero cercano a esta ciudad y el tiempo apremia—.

Carlos miró a su alrededor. Divisó las casas de sus amigos. Estaban al otro lado de la orilla, rodeadas de agua. Allí vivían Raúl y José que habían sido adoptados por una familia de apellido Camacho. Antonio, Víctor y Luis, vivían en la casa de junto, desde que fueron adoptados por una pareja ya anciana, los Galindo.

Aunque ya no vivían juntos, Carlos siempre se mantuvo comunicado con ellos. Mantenían largas conversaciones telefónicas o se escribían cartas. En una ocasión Carlos le envió una nota a Raúl que decía: —Una de las maneras de poder vivir bien en la tierra, es ser obedientes a los padres, aprender de ellos y honrarlos. Si Dios nos ha dado el privilegio de estar en el lugar en donde estamos, debe de ser por algo, para Él no existe el destino, pues Dios marca los hilos de nuestra vida—.

Mientras recordaba todo esto, Carlos avanzaba con decisión hacia las casas de sus amigos. Nadie lo vio, ni nadie se percató de las lágrimas que corrían por sus mejillas. La pequeña semilla que había vivido entre los humanos conocía ahora el valor del amor y la amistad. Se acercó a la orilla del río Bate y hundió fuertemente sus pies en la tierra mojada.

—Es hora de regresar a ti Padre—. Fue lo último que dijo. Nunca más nadie volvió a ver a Carlos.



De pronto uno de los rescatistas observó un enorme árbol, corpulento y muy alto que estaba atravesado en el cauce del río, uniendo las dos orillas. Usaron este árbol como un puente y pudieron rescatar a las personas que se encontraban atrapadas en las casas.

Este árbol fue presentado como “milagroso” por los noticieros y la gente habló de él por mucho tiempo. Cuando cesó la crudeza del invierno Raúl, José, Antonio, Víctor y Luis, regresaron a sus casas. Fueron a buscar el gran árbol al que le debían su vida y la de sus familias. Entonces se percataron del corazón que estaba tallado en el tronco y de la gran letra C en el medio. Al descubrir la inscripción se abrazaron y lloraron, recordando a su amigo y el milagro del árbol.

Ahora es tu turno:

Colorea a tu gusto



Colección de Cuentos Infantiles

Palabras de Cristal

Los Fantasmas del Astillero

Quédate conmigo

El milagro del árbol

La magia de los cuentos

Un cuento de la selva

Niños investigadores ¡Al rescate de la naturaleza!

El sueño de Tori

Pepito el pajarito que aprendió a volar

Tadeo el pequeño



**Palabras
de Cristal**



PALABRAS DE CRISTAL No. 3
ISBN: 978-9942-920-05-8

